

Laura Vicente Villanueva

**Teresa Claramunt (1862-1931)**

PIONERA DEL FEMINISMO OBRERISTA ANARQUISTA



Fundación de Estudios Libertarios

**Anselmo Lorenzo**

Madrid, 2006

COLECCIÓN BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS, 4

VICENTE VILLANUEVA, Laura

Teresa Claramunt (1862-1931) : pionera del feminismo obrerista anarquista. -- 1.ª ed. -- Madrid : Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2006. -- 306 p., [4] h. de lám. ; 21 cm. -- (Biografías y memorias ; 4)

Bibliografía: p. 287-294

Índice onomástico: 295-306

ISBN 84-86864-68-2

1. Claramunt, Teresa-Biografías. 2. Anarquismo-España-S. XIX-XX. 3. Anarcosindicalismo-España-S. XIX-XX. 4. Feminismo I. Título.



© De esta edición, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo

Calle Peñuelas, 41  
28005 Madrid

Tel 91 / 473 82 48

Fax 91 / 505 21 83

Email <fal@cnt.es>

<http://www.cnt.es/fal>

© -- De la obra, Laura Vicente Villanueva

1.ª edición, Madrid, 2006

Depósito Legal: M-30370-2006

ISBN

84-86864-68-2

Imprime: Queimada

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Iñaki Picón Ulloa

IMPRESO EN ESPAÑA

A mi familia y a los amigos y amigas que me han animado. Especialmente dedicado a dos Tauro que tanto se parecen aunque apenas se han conocido, a mi padre Rafael y a mi hijo Borja.

Igualmente he de recordar aquí la amabilidad de Paquita Pelegrí, familiar lejano de Teresa Claramunt, y de su madre, Roser, que me recibieron y me regalaron sus recuerdos familiares.

Son muchas las deudas con personas que en un momento dado me han prestado su ayuda, pequeña o grande, para poder acabar este trabajo, Lidia Portal, Manuel Mateos, Gregorio de la Fuente, Josep Tormo Colomina, José Luis Gutiérrez Molina y la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

Otras personas, las más próximas y estimadas, han sufrido este trabajo y a veces se han prestado a leer algunas páginas y darme su opinión, Ramón y mis dos hijos, Alejandro y Borja, que han aceptado a Teresa Claramunt como si fuera de la familia y que han tenido que sufrir la falta de tiempo de su madre. Y como siempre, he de recordar a mi padre y mi madre, eterna fuente de inspiración para el trabajo bien hecho.

## Introducción



El paso del tiempo y la falta de información han podido contribuir a la mitificación de la figura de Teresa Claramunt como modelo de mujer obrera, honrada, sacrificada por el ideal y coherente hasta el final de su vida. El hecho de que Federica Montseny admirase a Claramunt y la considerase su madre espiritual fue decisivo en este proceso de mitificación del personaje<sup>1</sup>.

Mi planteamiento se ha basado en no aceptar ni contribuir a esta mitificación y tratar de no realizar una biografía convencional centrada únicamente en el personaje, sino partir del sujeto individual y del relato de su vida desde una perspectiva que le incluye y lo integra en los análisis sociales y políticos más generales<sup>2</sup>. A pesar de las numerosas referencias a Teresa Claramunt cuando se habla de las mujeres rebeldes de final del siglo XIX, bien

1. Federica Montseny nunca olvidaba mencionar a Teresa Claramunt en sus escritos, son especialmente relevantes sus artículos:

– «Las vestales del ideal», *La Revista Blanca* (Barcelona), núm. 161 (1 en. 1930), págs. 397-399;

– «Teresa Claramunt o Una vida heroica», *El Luchador* (Barcelona) (24 abr. 1931), reproducido en MONTSENY, FEDERICA: *Escrips politics de Frederica Montseny*, Barcelona, Centre d'Estudis d'Història Contemporània, 1979, págs. 39-40.

– «Una peregrinación sentimental. Las tumbas olvidadas», *La Revista Blanca* (Barcelona), núm. 315 (1 mayo 1932).

– «Francisca Saperas ha muerto», *Solidaridad Obrera* (Barcelona) (29 ag. 1933).

– «Glosas. La última de las vestales», *La Revista Blanca* (Barcelona) (20 nov. 1935), pág. 912.

2. Una reflexión sobre la biografía como disciplina histórica que se ha rehabilitado desde los años ochenta y el auge relativo de este género, en BURDIEL, Isabel, y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pág. 13.

poca cosa se sabía de ella y los pocos datos que había se repetían sin aportar muchas novedades<sup>3</sup>.

La realización de este estudio topó con la habitual escasez de datos cuando se quiere hacer una biografía de un trabajador, y todavía más si se trata de una mujer trabajadora (en el caso de Claramunt esta escasez se da sobre todo respecto a la infancia y los años juveniles), de tal manera que se produce una imposibilidad biográfica<sup>4</sup>. El hecho del vacío biográfico no quiere decir que no se pueda escribir sobre esta mujer; se puede hablar de lo que se hace en contra de su vida, a su alrededor y sin contar con su vida. Aun así resulta muy difícil plasmar en una biografía las condiciones de miseria material y

3. Respecto a las aportaciones bibliográficas más destacadas se tiene que mencionar las siguientes:

CASTELLS, Andreu: *Sabadell, informe de l'oposició. II República i acció directa, 1868-1904*, Sabadell, Riutort, 1977.

ITURBE, Lola: *La mujer en la lucha social. La Guerra Civil de España*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1974.

Mención especial merece las obras de Pere Sánchez que han situado a Claramunt dentro del movimiento librepensador, resaltando de esta manera una faceta desconocida de esta propagandista.

SÁNCHEZ, Pere: *La maçoneria a Catalunya, 1868-1936*, Barcelona, Edicions 62, 1990.

— *La Maçoneria en la societat catalana del segle XIX*, Barcelona, Edicions 62, 1993.

— «Els orígens del feminisme a Catalunya, 1870-1926» núms. 1 y 2, *L'Avenç* (Barcelona), núms. 222 y 223, (1998), págs. 8-12 y 6-11, respectivamente.

Breves referencias sobre Claramunt han aparecido en otros trabajos como:

ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

— *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990.

HUERTAS CLAVERIA, Josep M.<sup>a</sup>: *Obrers a Catalunya. Manual d'història del moviment obrer (1840-1975)*, Barcelona, L'Avenç, 1982.

LAFUENTE, Isaías: *Agrupémonos todas. La lucha de las españolas por la igualdad*, Madrid, Aguilar, 2003.

NASH, Mary: *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*, Barcelona, Fontamara, 1981.

— y Susanna TAVERA: *Experiencias desiguales. Conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Madrid, Síntesis, 1995.

RODRIGO, Antonina: *Una mujer libre. Amparo Poch y Gascón, médica y anarquista*, Barcelona, Flor del Viento, 2002.

TAVERA, Susanna: «Teresa Claramunt», en Cándida MARTÍNEZ LÓPEZ (dir.): *Mujeres en la historia de España. Enciclopedia biográfica*, Barcelona, Planeta, 2002.

4. Este hecho, Ignasi Terrades lo recoge con el concepto de «Antibiografía», en su obra: *Eliza Kendal. Reflexiones sobre una antibiografía*, Bellaterra (Barcelona), Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1992.

discriminación social de los trabajadores, es decir, aquello que la civilización tan solo puede presentar como carencia, como vacío.

De todas maneras Claramunt no fue siempre una mujer desconocida y a partir de la segunda mitad de los años ochenta fue una mujer relevante dentro del anarquismo catalán. Esta relevancia no quiere decir que se tenga mucha información sobre su vida personal, ya que era extremadamente reservada sobre este aspecto, pero sí se tiene mucha información sobre su vida pública y sus ideas políticas.

Teresa Claramunt, como muy pocas mujeres más, se ha convertido en *ídolo feminista*<sup>5</sup>, en símbolo de aspiración que ha ejercido un poder tanto espiritual como psicológico sobre las mujeres del siglo XX y XXI. El ídolo feminista, a diferencia de los ídolos actuales, no ha servido para vender productos, ni sus formas de vida se han utilizado para convertirlas en objetos de culto y de colección. Al contrario, son conocidas por su valor y por la variedad de matices con que lucharon por llevar una vida plena. Mientras las mujeres de su época eran educadas para seguir unas normas de conducta establecidas, las que se convirtieron en ídolos feministas rompían todas las normas y seguían su camino. Eran mujeres que querían vivir su vida apasionadamente y que, decididas a romper las normas, estaban dispuestas a ser mujeres relevantes.

Estos ídolos no son perfectos, al contrario, su humanidad, sus defectos, sus equivocaciones, las hacen más reales e, incluso, sus tragedias son instructivas y pueden servir de fuente de inspiración para aquellas mujeres que hoy quieren vivir con independencia y valentía su propia vida<sup>6</sup>.

Fue precisamente el hecho de ser una mujer avanzada para su época, la actitud apasionada hacia la vida y su inconformismo lo que me impulsaron a investigar sobre esta mujer. Desde este punto de vista se puede considerar a Claramunt como una de las primeras feministas catalanas. Entendiendo el feminismo dentro de una definición amplia y global, serían feministas aquellas mujeres que nunca aceptarían imponer limitaciones a la vida de la mujer por razón de sexo. Dentro de esta concepción, Claramunt es una feminista rompedora, que se definió a sí misma como ser autónomo, a veces dolorosamente.

5. Este término, *ídolo*, está utilizado en su sentido clásico de símbolo adorado, tal y como se utiliza en SHOWALTER, Elaine: *Mujeres rebeldes. Una reivindicación de la herencia intelectual feminista*, Madrid, Espasa Calpe, 2002, pág. 14.

6. Id., *Ibidem*, págs. 15 y 16.

Sería necesario recordar que esta mujer acabó sus días imposibilitada en casa de una hermana suya y mantenida con la solidaridad de los compañeros y compañeras de ideas y de lucha.

Pero Claramunt no es solo feminista, la encontramos en el centro mismo de los cambios que la ideología anarquista experimentó desde su aparición en Cataluña con la I Internacional y el predominio del colectivismo hasta la aparición del anarco-comunismo y de la violencia terrorista y, poco después, la aparición de un sindicalismo revolucionario que se definía con dificultades.

La vitalidad de Teresa Claramunt la sitúa también en el centro del movimiento librepensador, anticlerical y masón. Esta mujer era tremendamente abierta, por lo menos hasta el proceso de Montjuïc, y no tenía ningún problema en colaborar con mujeres republicanas, masonas y espiritistas como fue el caso de Ángeles López de Ayala o Amalia Domingo Soler, entre otras mujeres, con las cuales formó la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona.

Es indudable que estamos ante una mujer abierta a los cambios, la renovación de ideas y de comportamientos tanto sociales como personales. Una mujer que se situó en el lugar adecuado donde se estaban produciendo estos cambios, la Barcelona de final del siglo XIX, una ciudad industrial y bulliciosa con reputación de dura y muy trabajadora, una ciudad en la cual los rituales tuvieron un papel muy importante y donde ciertas celebraciones crearon un sentido de identidad compartida y otras convirtieron la ciudad en un campo de batalla<sup>7</sup>.

En los diferentes apartados de este trabajo se intentará dar algunas respuestas a las cuestiones que he ido planteando en esta introducción. Se tomará como punto de partida la misma persona, Teresa Claramunt Creus. Siguiendo su trayectoria vital conoceremos diferentes aspectos de la vida catalana y española entre la década de los ochenta del siglo XIX y la década de los veinte del siglo XX: los problemas económicos de los trabajadores sabadellenses de los años ochenta; los intentos organizativos y las luchas para mejorar sus condiciones de trabajo a través de huelgas duras, como la *huelga de las siete semanas* en 1883, el rotundo fracaso y los intentos de reorganización a partir de 1884; los intentos de mejora de las clases populares a través de la creación de escuelas laicas y los ataques de la Iglesia contra estas escuelas en Sabadell.

7. KAPLAN, Temma: *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península, 2003, págs. 36 y 37.

A partir de 1891, Teresa Claramunt y su marido se fueron a vivir a Gracia y, por tanto, conoceremos aspectos de la vida barcelonesa en la que se verán inmersos. En la década de los noventa Claramunt se dio a conocer como propagandista y activista, se integró en el movimiento anarquista, en las movilizaciones del 1.º de Mayo y en el activismo librepensador, además participó en diversas organizaciones de mujeres para canalizar su pensamiento feminista. Todo esto acabó con el inicio de los atentados terroristas que generaron una dinámica represiva en la que se vieron envueltos los anarquistas y que llevó a la pareja Gurri-Claramunt a la cárcel en varias ocasiones. Esta dinámica represiva desembocó en el famoso Proceso de Montjuïc que marcó a Claramunt tanto en sus posiciones ideológicas como en su salud.

Todos estos acontecimientos tuvieron una gran influencia en la primera década del siglo XX, en la que Claramunt abandonó a su marido y tras una breve etapa, en la que volvió a estar en el primer plano como propagandista y activista en el año 1902, acabó marginada, junto con su nuevo compañero, de la dirección del anarquismo. Su incapacidad para adaptarse a un sindicalismo que consideraba moderado y que se fraguaba desde 1906, la fue desplazando de ese primer plano del movimiento anarquista barcelonés en el que había estado durante bastantes años.

La Semana Trágica provocó su alejamiento de Barcelona, trasladándose a vivir a Zaragoza a partir de 1909. Nos acercamos a una ciudad diferente, más pequeña que Barcelona, pero en la que encontramos un núcleo de sindicalismo revolucionario de cierta importancia; una ciudad en que ganaron los republicanos en las elecciones municipales del 12 de diciembre de 1909, lo cual hará posible que el 26 de diciembre se puedan descubrir las placas que daban nombre a la plaza Castelar y a las calles de Moret, Costa y Pi y Margall; una ciudad en la cual se ira definiendo un sindicalismo diferente, y no integrado en la CNT, hasta que la violencia y la represión hicieron imposible la subsistencia de una organización, la Federación Local de Sociedades Obreras (FLSO) de Zaragoza, que se mantuvo independiente hasta 1919. A partir de 1924 Claramunt volvió a Barcelona, donde vivió hasta su muerte en 1931.

No defiendo aquí la biografía histórica tradicional. Como dice Álvarez Junco<sup>8</sup>, la revolución historiográfica del siglo XX ha afectado de manera irreversible y beneficiosa el entendimiento de lo individual, que es imposible

8. ÁLVAREZ JUNCO, José: *El emperador del Paralelo*, pág. 12.

enfocar como un fenómeno cerrado en sí mismo, explicable tan solo a partir de sus propios datos y coordenadas. Parece claro que el individuo cumple una función dentro de la dinámica social, aunque no queremos decir que el individuo sea un simple portador de estructuras sociales.

Por tanto, quiero alcanzar en este trabajo, el relato biográfico y el análisis sociopolítico y para conseguirlo la estrategia adoptada será combinar algunos apartados centrados en el personaje individual para ir evolucionando hacia unos apartados centrados en el movimiento en su conjunto. La idea, de todas maneras, es mantener la tensión entre la parte narrativa individual y la parte analítica colectiva. Supongo que mantener esta alternancia puede ser peligroso; es difícil combinar la narración de una vida plena de emociones y, a veces, de riesgos casi cinematográficos, con otros apartados dedicados a analizar el origen del sindicalismo o las tensiones entre anarco-colectivistas y anarco-comunistas.

El primer apartado se dedicará a la infancia, la adolescencia y la juventud de Teresa Claramunt, hasta los veintiún años cuando estalló la *huelga de las siete semanas* (1883). La mayor dificultad para elaborar esta primera parte es la ausencia de fuentes; ni la protagonista escribió nunca ninguna referencia biográfica suya, ni nadie de su entorno familiar lo hizo nunca. Tan solo Max Nettlau hace alguna referencia biográfica basada en conversaciones con la misma Teresa Claramunt o con su hermano José Claramunt<sup>9</sup>.

Trataremos de explicar qué hay detrás de una familia que se mueve entre diversas ciudades industriales por razones de trabajo y, es posible, que por alguna otra motivación de carácter político. Intentaremos aclarar qué tipo de familia era la familia Claramunt-Creus y el tipo de formación que tuvo Teresa Claramunt, tanto familiar como educativa. Una parte de la infancia de Teresa Claramunt transcurrió en Barbastro y cuando vuelve a Sabadell tiene trece años, edad en que es muy posible que empezará a trabajar en alguna fábrica de hilaturas o tejidos de lana, lugar donde le cogería la *huelga de las siete semanas* en 1883.

El segundo apartado hará un breve repaso del societarismo y el anarquismo en Sabadell y se hará una referencia al tema de la instrucción tan valorado por el anarquismo y por la misma Claramunt. En este apartado quedará

9. NETTLAU, Max: *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)* (ed., introd., trad. y n. de René LAMBERET), Dordrecht- Holland, D. Reidel Publishing Company, 1969 (Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis Amsterdam), pág. 555.

claro el predominio del colectivismo en Sabadell y, por tanto, de un societarismo legalista y moderado. Esta concepción obrerista del anarquismo será la que conocerá Claramunt y será éste el ambiente en el cual se formará.

El tercer apartado estará centrado en la *huelga de las siete semanas* (mayo-julio de 1883), una huelga inesperadamente radical. El objetivo de este apartado será ver cómo se desencadenó la huelga, sus características y el papel que tuvo Teresa Claramunt en ella. No parece que Claramunt fuese una dirigente importante, pero es muy posible que destacase en estas duras jornadas de huelga y que empezase, si no había empezado antes de la huelga, a ir por los locales sindicales donde con toda seguridad conoció a su marido, Antonio Gurri, un hombre algo mayor que ella y que sí que formaba parte del grupo de dirigentes que llevó la huelga de las siete semanas.

En el apartado siguiente se verá cómo, a partir del fracaso de la *huelga de las siete semanas* y del matrimonio con Antonio Gurri en enero de 1884, Teresa Claramunt empezará a desarrollar un papel de cierta importancia, participando en mítines o escribiendo sus primeros artículos. A través de su marido, que actuará como su mentor, Claramunt empezará a aclarar y definir su ideología en la línea del anarquismo. Destacará su inclinación por el trabajo de organización de las mujeres. El contenido de sus intervenciones públicas y escritas se centró en la organización, la instrucción y el papel que podían tener las mujeres en la revolución al lado de sus compañeros.

La muerte de su hija, Proletaria Libre, desencadenó la marcha de Sabadell del matrimonio Gurri-Claramunt, que vuelven a reaparecer en Barcelona en 1891. El quinto apartado se situará en Barcelona entre 1891 y la bomba de Cambios Nuevos, que inició el Proceso de Montjuïc en 1896. Este apartado hará referencia al crecimiento de Claramunt como propagandista y activista, vinculada a un grupo de anarquistas que participaban de un proyecto común con unos rasgos muy claros: el obrerismo, que encontró en la jornada del Primero de Mayo un símbolo de su lucha, la confluencia del anarquismo con otras ideologías heterodoxas como el espiritismo, el librepensamiento, la masonería y el republicanismo, y, por último, la búsqueda de la unificación de anarco-colectivistas y anarco-comunistas. En este proyecto, que compartía Claramunt, tenía un papel muy relevante la lucha por la emancipación de las mujeres.

La represión contra los anarquistas y el círculo represión-terrorismo-represión tendrá consecuencias funestas para el proyecto anarquista en el que participaba Claramunt, y ella misma sufrirá la cárcel y el primer Consejo de Guerra por el caso Calvo-Vico.

Este círculo vicioso provocará el tristemente famoso Proceso de Montjuïc y el encarcelamiento de decenas de anarquistas inocentes, incluido el matrimonio Gurri-Claramunt, en el castillo maldito, y después el exilio de muchos de ellos a Inglaterra y Francia. Esta dura experiencia tendrá una gran influencia en la vida de Claramunt y en su pensamiento, tal y como se verá en el sexto apartado.

Después se analizará la vuelta de Claramunt al activismo y a la propaganda al regresar de Francia. Tras participar en la campaña de revisión del Proceso de Montjuïc, Claramunt se involucró intensamente en la lucha sindical que dio lugar a la huelga general de 1902. Paralelamente, su vida personal cambió, abandonó a su marido e inició una relación libre con Leopoldo Bonafulla. Su intenso activismo tuvo una breve prolongación en la excursión de propaganda realizada por Andalucía a finales de 1902.

En esta etapa su pensamiento se decantará por una vía más purista, dentro del anarquismo, que se agudizará debido al fracaso de la huelga de 1902, que fue vivido como un auténtico desastre y a la marginación que sufrieron la pareja Claramunt-Bonafulla debido a la relación que éste último tuvo con Canalejas. Será en el octavo apartado en el que se analizará esta situación del anarquismo, encerrado en «su torre de marfil», con numerosas polémicas internas y cada vez con menos influencia entre los trabajadores. Este proceso de marginación llevó a algunos sectores del anarquismo a retornar a las sociedades obreras y a poner en marcha un sindicalismo más adaptado a la realidad. Esta iniciativa fraguó en Solidaridad Obrera y después en la CNT.

Claramunt no supo aceptar este sindicalismo y siempre lo consideró moderado y contrario a los objetivos revolucionarios del anarquismo, quedando al margen de este proceso, aspecto que se verá en el noveno apartado. Como consecuencia de la Semana Trágica, se verá otra vez expulsada de Barcelona y se instalará en Aragón, donde vivirá largas temporadas y volverá a ser encarcelada. A partir de su marcha de Barcelona después de la Semana Trágica, Claramunt mantendrá una cierta militancia dentro del anarquismo, pero se mantendrá bastante al margen de la evolución del anarcosindicalismo. Después

de unos años en que vivirá entre Zaragoza y Sevilla, volverá a Barcelona bastante enferma al inicio de la Dictadura de Primo de Rivera. Después de una vida entregada a la lucha por las ideas anarquistas y el feminismo, morirá prácticamente en la miseria.

«Digamos a todos los hombres, ricos y pobres, altos y bajos, explotados y explotadores que la emancipación humana depende del grado de moralidad que para nosotras se reserve (...). Rechacemos toda mezcolanza con hombres que quieran dirigirnos. No queremos directores, tutores, ni jefes. Levantemos nuestras conciencias y triunfaremos. No seamos esclavas. Mujeres somos.»

**Comisión de obreras textiles de Barcelona**

«A las obreras del Arte Fabril», diciembre de 1901.



CAPÍTULO I

Una Muchacha Como Cualquier Otra



En noviembre de 1885 fallecía Alfonso XII de una enfermedad muy común en la época. Tenía tan solo veintiocho años. Le sobrevivía su mujer, María Cristina de Habsburgo, que en esos momentos estaba embarazada. Murió en la España de finales del siglo XIX, en un país desgraciado que la opinión pública atribuía a la inestabilidad política. A lo largo del siglo se habían producido cambios de dinastías y de régimen, pronunciamientos militares y guerras civiles, se había perdido todo un imperio colonial y se iban acumulando constituciones como si fuera cualquier cosa.

El siglo nacía con un país a punto de ser ocupado por Napoleón y con una guerra que dio lugar a la llegada del *deseado*, un rey despótico y cruel que murió dejando el trono a su hija de tres años, Isabel II. Esta reina, hija de Fernando VII y de la napolitana María Cristina, nació en 1830. Siempre se quejó de la soledad que presidió su infancia: perdió a su padre por muerte natural en 1833, y a su madre, María Cristina, en 1840, cuando los liberales y, particularmente, Espartero, el héroe que había conjurado la amenaza carlista, ejercieron presión para que abandonase España.

Por tanto, Isabel y su hermana pequeña, Luisa Fernanda, quedaron solas con diez y ocho años respectivamente, y crecieron rodeadas por los intereses cortesanos y políticos, sin recibir una educación firme y el calor humano de una familia. En noviembre de 1843, Isabel II fue proclamada mayor de edad y, como tal, reina de España. Una de las primeras disposiciones como titular de la Corona fue reclamar a su madre a su lado. Evidentemente, María Cristina volvió rápidamente a Madrid y el 22 de marzo de 1844 ya estaba con sus hijas, eso sí, casada y con una abundante prole de su nuevo marido.

Isabel se casó, después de mucho llorar y gritar, con su primo, Francisco de Asís de Borbón, duque de Cádiz. Fue un matrimonio preparado por su madre, que necesitó los servicios de un singular personaje, la monja franciscana sor Patrocinio de Nuestra Señora, que tenía en Madrid fama de milagrera y que era conocida como la Monja de las Llagas, a causa de los estigmas que decía esconder bajo unos mitones de los cuales no se desprendía jamás.

Este matrimonio fue un desastre desde el principio, y la reina muy pronto tuvo su primer amante, el general Serrano, al que seguirían diversos nombres masculinos: el marqués de Bedmar, José María Ruiz de Arana, Enrique Puigmoltó, Miguel Tenorio, Carlos Marfori y otros, presuntos amantes que hacían dudar de la filiación real de los infantes; los rumores de homosexualidad de su marido eran constantes en la Corte. Entre 1848 y 1866, Isabel II tuvo doce hijos, de los cuales sólo cinco consiguieron sobrevivir<sup>1</sup>.

Isabel combinó una conducta privada irregular con una posición de extrema moderación política que hizo imposible que el partido progresista llegara al poder sin recurrir a los pronunciamientos militares. En uno de éstos, la llamada Revolución Gloriosa, fue derrocada la casa reinante y se abrió un periodo de agitación febril, con catorce gobiernos, cinco regímenes y dos pronunciamientos más en seis años. Incluso marchó un rey, Amadeo de Saboya, porque la situación le superaba. Después de la renuncia de Amadeo se proclamó una breve República que espantó a la gente de orden.

Una intervención militar liquidó la República en 1873 y otra restauró, un año después, a los Borbones en la figura del hijo de Isabel II. Cánovas del Castillo, verdadero artífice del nuevo sistema, prometió la estabilidad política sobre la base de una monarquía constitucional, con unas libertades muy restringidas y una participación política muy controlada. También se proponía Cánovas controlar y someter el poder militar al civil y, en este sentido, fue importante el fin del carlismo como movimiento armado.

Todo este sistema pareció que se podía hundir cuando, diez años después de subir al trono, el rey murió víctima de la tuberculosis. Cánovas comprendió que era importante para consolidar el sistema ceder el poder a los liberales dinásticos y, en la primavera de 1886, Sagasta asumió el poder e hizo promesas de más libertades, sufragio universal masculino, juicios por jurado

1. QUERALT DEL HIERRO, María Pilar: *Madres e hijas en la historia*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, págs. 127-141.

y servicio militar obligatorio. El ambiente era pesimista porque todo el mundo veía a España como un país retrasado y que difícilmente cogería el tren del desarrollo industrial, incluso la misma monarquía parecía depender del nacimiento de un niño y no de una niña. Cuando la mañana del día 17 de mayo de 1886, el pueblo de Madrid comenzó a contar los cañonazos de artillería que anunciaban el nacimiento, al llegar al decimocuarto todo el mundo contuvo el aliento porque si se quedaba aquí, era una niña la que había nacido, si no, continuarían disparando hasta los veintiuno<sup>2</sup>, como así fue finalmente.

Mientras tanto en Sabadell, en 1885, hubo la amenaza del cólera y el municipio ayudó con una subvención a la Siervas de María, dedicadas a velar por los enfermos. También se comenzaron las obras de construcción de unas cuantas alcantarillas, en los lugares donde era más necesario, como era el caso de los alrededores de los lavaderos públicos y de algunas empresas textiles con un importante consumo de agua. Por otra parte, los años 1885 y 1886 eran años de crisis de trabajo y la prensa de Sabadell hablaba de la necesidad de que el Ayuntamiento hiciera alguna cosa por los parados. La *Revista de Sabadell*<sup>3</sup> llegó a decir que la ociosidad era antimoral y que se había de dar trabajo al obrero que así estaría contento, aunque no pudiese ganar el dinero a que estaba acostumbrado. Incluso el Ayuntamiento pidió información al Gobierno Civil sobre la posibilidad de dar pasaje gratuito a un grupo de once obreros de la ciudad que marchaban hacia Málaga para buscar trabajo. El Gobierno Civil contestó que el Real Decreto del 8 de agosto de 1882 tan sólo hacía referencia a los obreros de Madrid<sup>4</sup>.

Por tanto, aunque llegaba a Sabadell la preocupación por la muerte de Alfonso XII y el nacimiento de su hijo póstumo, la ciudad, y sobre todo los trabajadores, estaban más preocupados por la posible llegada del cólera y el paro que no por el nacimiento de Alfonso XIII.

Para Teresa Claramunt, el año 1885 fue el año en el que se inició como oradora en actos públicos. El 9 de enero de 1885, aparecía una nota en *Los Desheredados*<sup>5</sup> que decía:

2. ÁLVAREZ JUNCO, José: *El emperador del Paralelo*, pág. 25.

3. *Revista de Sabadell* (Sabadell), núm. 133 (13 set. 1885).

4. Ayuntamiento de Sabadell. Sección de Asuntos Sociales. Negociado de Paro forzoso (mzo. 1885).

5. *Los Desheredados* (Sabadell), núm. 137 (9 en. 1885).

“En la última velada del Ateneo Obrero, cuya concurrencia y animación superó a las anteriores, leyó nuestra querida compañera Teresa Claramunt de Gurri un sentido discurso encaminado a fortalecer la asociación de la mujer y el desvío de los fanatismos y preocupaciones que por desgracia la rodean”.

También en 1885 apareció el que se considera como primer escrito de Claramunt. Se trataba de un artículo que se publicó en un semanario de Madrid, *Bandera Social*<sup>6</sup>, escrito el 16 de octubre de 1885 en Sabadell. En este artículo, la autora se solidarizaba con otras mujeres, madres de familia, que protestaban por un registro que hizo la policía en el domicilio social de *Bandera Social*, en el cual vivía la familia de V. Martínez y que provocó, por el susto del registro, el aborto de la mujer.

Por tanto, cuando murió Alfonso XII, en noviembre de 1885, Claramunt era una mujer que comenzaba a formarse como sindicalista y anarquista, preocupada por la situación de la mujer trabajadora y que, aunque le preocupara la muerte del rey, la inestabilidad que se podía producir por el resultado del embarazo de la reina no estaba entre sus preocupaciones prioritarias, aunque toda su actividad posterior resultó muy influida por este sistema de la Restauración que se encontraba en 1885 en la cuerda floja.

Teresa Claramunt nació en Sabadell, a las 11 de la mañana del día 4 de junio de 1862, en su casa situada en la calle Lacy<sup>7</sup>. También fue inscrito su nacimiento en el Registro Parroquial de San Félix de Sabadell, con fecha de 5 de junio de 1862, tal y como constaba en el Registro Civil cuando se casó.

La familia Claramunt fue un ejemplo típico de los movimientos de población que se produjeron en Cataluña durante el siglo XIX. De hecho, la población de Sabadell tuvo un rápido crecimiento demográfico por la ampliación de la demanda de trabajo en el sector textil. De 1787 a 1887 la población se multiplicó por diez y consiguió los 20 000 habitantes en la segunda fecha. Los inmigrantes representaban buena parte de la población; en 1850, el 36 por ciento de la población total de Sabadell<sup>8</sup>.

6. *Bandera Social* (Madrid), núm. 37 (25 oct. 1885).

7. Según consta en el Registro Municipal que se puede consultar el Archivo Histórico de Sabadell.

8. CAMPS I CURA, Enriqueta: «Migracions i cicle familiar a Sabadell al segle XIX», *Arxaona* (Sabadell), núm. 5 (1989), pág. 9.

Los inmigrantes de Sabadell habían nacido en los pueblos próximos o bien en otras zonas industriales; la mayoría de ellos eran de origen industrial. Como dice Enriqueta Camps<sup>9</sup>, la importancia de los movimientos de población de corta distancia y el predominio de áreas industriales entre regiones de nacimiento de los inmigrantes, sugieren que durante la transición al sistema fabril, las transferencias de población del sector agrario al sector industrial fueron escasas y geográficamente limitadas a las áreas rurales próximas. La proletarización previa en el sector manufacturero aparece como uno de los principales factores que puede explicar los orígenes demográficos de los trabajadores de fábrica.

Si se analiza el caso de la familia Claramunt, las afirmaciones de Enriqueta Camps se confirman plenamente. Los abuelos paternos de Teresa Claramunt procedían de un núcleo algodonero y papelerero (Capelladas), el abuelo, Ramón, y de un núcleo textil lanero del departamento del Aude en Limoux (Francia), la abuela, Margarita Munier. Ésta<sup>10</sup> era hija de un batanero francés establecido en Sabadell en 1824, ciudad donde conoció y se casó con Ramón Claramunt. Este matrimonio, después de pasar un par de años en Martorell (1827-1828) donde nació su hija Juana, llegó a Alcoy allá por el año 1829, ciudad donde nació en 1832 Ramón Claramunt, padre de Teresa, y su hermana Purificación, en 1838.

Como explica Josep Tormo<sup>11</sup>, Alcoy fue, por su precocidad industrial, la única localidad valenciana con un flujo ininterrumpido de catalanes. En Alcoy permanecieron veinte años y en 1849 volvió a Sabadell toda la familia. Ramón Claramunt, padre de Teresa, llegó a Sabadell con diecisiete años y conoció a Joaquina Creus Masana, natural de Jonqueres, parroquia agraria industrial del antiguo municipio de San Pedro de Tarrasa, anexionada

9. *Ibidem*, pág. 11.

10. Margarita Munier aparecía en el Padrón General de 1826 como una joven que tenía 24 años y llevaba 22 meses de residencia en Sabadell. Esta información en un artículo de TORMO COLOMINA, Josep: «Josep Claramunt», *Diari de Sabadell* (Sabadell) (22 en. 2003).

11. La información que ha proporcionado Josep Tormo sobre la familia Claramunt en los artículos recogidos en el *Diari de Sabadell* (Sabadell), es muy útil para dibujar el árbol familiar de los Claramunt.

12. CAMPS I CURA, Enriqueta: «Migracions i cicle familiar a Sabadell al segle XIX», págs. 13-14.

a Sabadell desde 1904. El padre y la madre de Joaquina Creus también eran nacidos en Jonqueres.

Por tanto, la familia Claramunt estaba ocupada en el sector industrial y con gran movilidad relacionada con las oportunidades cambiantes de ocupación industrial. Las posibilidades de conseguir una ocupación industrial permanente eran escasas y estaban sujetas a la adquisición de experiencia previa y calificación. La migración de una ciudad a otra se convierte en una alternativa que no siempre aseguraba una posición económica estable<sup>12</sup>. Esta fluctuación de la familia Claramunt sugiere que la vivienda y la pobreza fueron problemas importantes de la vida de esta familia. Por otro lado, la familia Creus estaba ocupada en el sector agrario, sin movilidad migratoria y viviendo en una localidad próxima a Sabadell.

Ramón Claramunt y Joaquina Creus se casaron en Sabadell a mediados de la década de los cincuenta. En 1858 nació María y en 1862, Teresa. Fue entonces cuando decidieron, allá por el año 1865, marchar y establecerse en Barbastro. Era muy típico que los inmigrantes fueran jóvenes y vinculados a una familia simple de entre tres y cuatro miembros, como era el caso del joven matrimonio Claramunt-Creus. La familia decidió moverse en las primeras fases de su ciclo de formación, en este caso cuando la hija pequeña había superado, con tres años, la edad de la lactancia. Cuando la familia aumentó por el nacimiento de las dos primeras hijas, se produjo un aumento de los gastos y una acumulación de tareas domésticas para Joaquina Creus que haría muy difícil que pudiera trabajar fuera de casa.

Sería el momento en el que se produciría una clara situación de fragilidad de la economía familiar de los Claramunt-Creus, porque el desequilibrio entre ingresos y gastos del presupuesto familiar llegaría a su fase más crítica; seguramente, el único salario que entraba en casa era el del padre. Si pensamos que la inestabilidad en la ocupación industrial era un hecho seguro y especialmente grave para las familias dependientes de un solo salario, la pérdida de la ocupación de Ramón Claramunt o presiones económicas temporales podían haber llevado a la familia a una situación por debajo del límite de la pobreza y a tomar la decisión de emigrar a Barbastro.

Cuando llegaron a Barbastro eran una pareja joven. Ramón tenía treinta y tres años y Joaquina veinticinco; y las dos hijas pequeñas, María, de siete años, y Teresa, de tres años. Era un matrimonio típico de la época

en que la mujer estaba subordinada al marido, situación impuesta por la legislación vigente.

La familia Claramunt llegó a una ciudad que tenía alrededor de siete mil quinientos habitantes y que estaba muy preocupada por las epidemias de cólera. Diez años antes de que llegaran los Claramunt a Barbastro, en 1855, se había producido en la ciudad una epidemia de cólera morbus asiática que había ocasionado más de 500 muertos. Como consecuencia de esta epidemia, el Ayuntamiento impulsó obras de construcción de alcantarillado y empedrado de las calles que iban dirigidas a eliminar los agujeros que se formaban por el paso de los carros y que acostumbraban a contener agua estancada que era un foco permanente de infecciones. Con la misma finalidad de evitar las enfermedades infecciosas, se había formado una Comisión Permanente de Salubridad Pública para proponer medidas al Ayuntamiento que pudiesen evitar el cólera y, en caso de que se iniciase esta epidemia, pudiesen tomar las medidas oportunas<sup>13</sup>.

Ramón Claramunt era, según diversas fuentes, zapatero y montador de hilaturas<sup>14</sup>. En Barbastro se instaló a trabajar por cuenta propia; según dice Max Nettlau<sup>15</sup>, tenía una fábrica. Esta hipótesis parece confirmarse por el Censo Electoral de Barbastro del año 1871, donde aparecía Ramón Claramunt domiciliado en la Fábrica de lanas, sin número. Igualmente en el Padrón

13. En 1855, la ciudad de Barbastro tenía, según el primer Padrón completo que se conserva, 7 418 habitantes. Este dato y las referencias a la epidemia de cólera y las medidas adoptadas para hacer frente a esta epidemia en: LASCORZ GARCÉS, M.<sup>a</sup> Pilar: *Barbastro y su desarrollo urbano en el siglo XIX*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987, págs. 45, 67 y 73.

14. TORMO COLOMINA, Josep: «Josep Claramunt», *Diari de Sabadell* (Sabadell) (30 en. 2003), pág. 2. En diversos documentos de empadronamiento, y en el registro de nacimiento de su hija Teresa, consta como majordomo, es decir, encargado. En el registro civil, cuando se casaron Teresa Claramunt y Antonio Gurri, consta que el padre era hilador.

15. NETTLAU, Max: *La Première Internationale en Espagne*, pág. 556.

de Vecindario del año 1872 aparece toda la familia domiciliada en el Batán de lanas<sup>16</sup>.

El domicilio de los Claramunt formaba parte del cuartón del Arrabal, barrio de más reciente formación y el más reducido; en 1855 tenía 111 casas y 1 158 habitantes<sup>17</sup>. En este cuartón del Arrabal vivían personas de condición variada y modesta como jornaleros, campesinos y hortelanos. Este barrio era el único situado a la izquierda del río Vero y, por tanto, se comunicaba con el resto de la ciudad a través de puentes, como el de San Francisco, que estaba en la entrada del Arrabal. En esta parte de la ciudad se encontraban los batanes del Barón y de San Marcos y el molino de la ciudad. La casa de los Claramunt era una casa habitada sólo por la familia, tipo de vivienda que predominaba en Barbastro y que servía también como lugar de trabajo para el padre.

La infancia de Teresa Claramunt transcurrió entre Sabadell y Barbastro. A la ciudad aragonesa llegó con tres años y se marchó durante su adolescencia, cuando ya tenía trece años. Es probable que fuera a la escuela y recibiera una instrucción básica. Aunque no se sabe con certeza este dato, se puede deducir que es lo más verosímil. En Barbastro había escuela, y siendo su padre republicano era factible que estuviera interesado en llevar a sus hijas a que aprendieran a leer y escribir hasta que pudiesen empezar a trabajar<sup>18</sup>.

La educación de las niñas en España durante estos años se basaba en proporcionar unos conocimientos religiosos que diesen lugar a unas prácticas piadosas y hacerles adquirir habilidad en las tareas propias de su sexo, sobre

16. Lista de Electores de 1871 y Padrón de Vecindario de 1872. Archivo Municipal de Barbastro. En el Padrón de Vecindario aparece Ramón Claramunt y Munet, nacido en Alcoy, de 39 años, sabe leer y escribir, y casado. En el apartado del motivo de la residencia en Barbastro, constaba: trabajador. Aparecen su esposa, Joaquina Creus, de 32 años y nacida en Sabadell, sus hijas, María Claramunt de 15 años, Teresa Claramunt de 10 años, y sus hijos, José Claramunt de 4 años y Ángel Claramunt de 1 año. La ciudad de Barbastro estaba dividida en cuatro cuartos o barrios que se ordenaban por casas y habitantes; el cuartón de Monzón, el de Entremuro, el del Mercado y el del Arrabal. Esta información en LASCORZ GARCÉS, M.<sup>a</sup> Pilar: *Barbastro y su desarrollo urbano en el siglo XIX*, págs. 45-55.

17. SIMÓ BACH, Ricard: *63 dones sabadellenques dignes de recorda*, Sabadell, Agulló-Costa, 1988, pág.49. En este libro se afirma que Teresa Claramunt «després d'haver cursat els primers estudis escolars, s'inicià en el treball des de molt joveneta...»

18. CAPEL MARTÍNEZ, Rosa M.<sup>a</sup>: *El trabajo y la educación de la mujer (1900-1930)*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, 1982, págs. 325-326.

todo las de la aguja. De esta somera instrucción quedaba privada la mayor parte del sexo femenino, que perteneciendo a la España rural o a los incipientes núcleos proletarios urbanos no asistían a la escuela tanto por falta de locales como de costumbre. Si iban a la escuela, su presencia se veía limitada a los primeros años de infancia<sup>19</sup>. La pequeña Teresa había sido bautizada e hizo la comunión, lo que nos indica que los principios religiosos de la madre se impusieron sobre el probable anticlericalismo del padre, como ocurría en muchas familias de la época, lo cual explicaba las frecuentes quejas entre los sectores republicanos, socialistas y anarquistas, sobre la intromisión de los sacerdotes en los hogares obreros a través de las mujeres.

Teresa Claramunt reconoció en muchas ocasiones su falta de instrucción, de la cual se disculpaba reiteradamente cuando hacía referencia a su falta de ciencia para tratar algunos temas complejos en la prensa<sup>20</sup>. Esta falta de instrucción de los trabajadores encajaba perfectamente en la transformación capitalista española en la cual no hacían falta trabajadores instruidos por más que la pretensión de convertir a los asalariados en ciudadanos hacía necesario proporcionarles cierta educación. La realidad era que talleres y fábricas utilizaban una mano de obra barata y niños y niñas eran trabajadores, que después serían hombres y mujeres ignorantes, como tantas veces escribirá Teresa Claramunt. Además, la mujer todavía estaba más excluida de la educación. Si uno de los objetivos de ésta era la formación de ciudadanos, no tenía interés prestar tiempo y recursos a un sector que no estaba incluido en esta categoría<sup>21</sup>.

Ya desde 1825 fue prohibida la coeducación y el espíritu de la formación diferenciada permaneció casi inmutable a lo largo de todo el siglo. La Ley Moyano de 1857 daba lugar a una clara desigualdad de oportunidades educativas, eximiendo a las niñas del aprendizaje de la agricultura, el comercio y la industria, la geometría, el dibujo lineal, la física y la historia natural, debidamente sustituidas por *labores propias del sexo*, como eran elementos de dibujo aplicado a las mismas tareas o ligeras nociones de higiene doméstica. La

19. En el artículo ya citado de «La Ilustración de la mujer», dice Teresa Claramunt que «[por mi] falta de instrucción (...) no os podré hacer un discurso brillante, pero aunque carezca de ciencia no carecerá de verdad». *El Productor* (Barcelona), 62 (7 oct. 1887).

20. PIQUERAS, José A.: *El taller y la escuela*, Madrid, Siglo XXI, 1988, págs. 23-24.

21. Id., *ibidem*, págs. 41-43.

educación de la mujer estaba destinada a la maternidad y el hogar aunque las mujeres trabajaran muchas horas en las fábricas<sup>22</sup>.

Esta Ley Moyano fue la que acordó que la primera enseñanza elemental fuera obligatoria para todos los españoles entre los seis y los nueve años y que todos los pueblos de más de 500 habitantes tuvieran una escuela con la obligación de titulación profesional para ejercer de maestro. El incumplimiento de la ley fue manifiesto por la falta de inspectores, la falta de recursos y de escuelas, así como también el coste-oportunidad que suponía para una familia obrera enviar a sus hijos a la escuela<sup>23</sup>.

Esta obligación de ir a la escuela hasta los nueve años explicaba que Teresa Claramunt y su hermana mayor empezasen a trabajar a partir de los diez años. Su padre, como todos los republicanos y demócratas, debían considerar muy importante la educación de sus hijas con el convencimiento de que la ignorancia popular era el mejor aliado de los poderosos, pero a pesar de este convencimiento, el coste de mantener más años de los obligatorios a sus hijas en la escuela, era excesivo para una familia trabajadora y, por tanto, abandonarían la escuela una vez que acabaran la enseñanza primaria.

Esta incorporación al trabajo de las hermanas mayores<sup>24</sup> debió ser un respiro ante el nacimiento de los hermanos pequeños: José en 1868, Ángel en 1871 y Pura en 1875. María comenzó a trabajar a los 10 años, cuando nació su hermano José, y Teresa, un año después de nacer Ángel. Aunque los salarios de las niñas, o el valor de la ayuda en el taller paterno, no podían ser muy grandes, era absolutamente necesaria su contribución a la familia. Legalmente la

22. SOTO CARMONA, Álvaro: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Barcelona, Anthropos, 1989, pág. 210.

23. CLARAMUNT, Teresa: «La ilustración de la mujer», *El Productor* (Barcelona), 62 (7 oct. 1887).

24. Ramón Claramunt aparece en el número 341 de la lista de Voluntarios de la Libertad del Ayuntamiento Constitucional de Barbastro, el 23 de mayo de 1869. Vuelve a aparecer en la lista como voluntario de la tercera compañía en el Acta de Juramento de la Constitución de la Fuerza Ciudadana, el 27 de junio de 1869. Vuelve a aparecer, el 2 de julio de 1873, en una lista de voluntarios formada por treinta personas, «que han de percibir el socorro del día de ayer a cargo y bajo las órdenes del Alférez, D. Ramón Claramon [Claramunt] en la persecución de carlistas». El importe era de dos pesetas para cada uno del grupo y firmaba el Jefe encargado Ramón Claramon». Vuelve a aparecer el 30 de agosto de 1873 como que ha recibido del tesorero del Ayuntamiento de Barbastro la cantidad de doscientos reales y que pertenecía al Batallón Republicano Federal. Toda esta información en el Archivo Municipal de Barbastro.

Ley Benot, presentada en las Cortes de la I República en el año 1873, permitía la ocupación de los niños y niñas de diez años.

Ramón Claramunt desarrolló en Barbastro un activismo político intenso. Era un republicano federal convencido, tal y como queda demostrado por el hecho de que apareciera en la lista de personas que se habían alistado en la ciudad de Barbastro como *Voluntario de la Libertad*, en una fecha tan temprana como mayo de 1869 y continuó en esta milicia al menos hasta el año 1873<sup>25</sup>. Además de participar en esta fuerza ciudadana, Ramón Claramunt participó en las reuniones que se produjeron en las Casas Consistoriales para hablar del traje de los voluntarios. En las reuniones participaban miembros de la Junta municipal, voluntarios y representantes del Ayuntamiento<sup>26</sup>.

Según Antonio Gurri, Ramón Claramunt fue alcalde de Barbastro durante la I República y coronel de las milicias republicanas<sup>27</sup>. No se ha podido comprobar si Ramón Claramunt fue alcalde porque no se conservan las actas del Ayuntamiento correspondientes a la I República.

Según Gurri, Ramón Claramunt era un hombre muy apreciado por todo el mundo que lo conoció y por su honradez había sacrificado todo por la libertad y la democracia<sup>28</sup>. Prueba de su honradez, según Gurri, fue su gestión municipal, «un espejo de desinterés y nobleza»<sup>29</sup>, y el hecho de que se gastó hasta el último céntimo haciendo llevar comida a la prisión a sus compañeros de armas.

Fue el fin de la I República lo que decidió a Ramón Claramunt a volver a Cataluña. El día 30 de junio de 1875 la familia llegó a Sabadell y el padre se presentó en el ayuntamiento el 13 de julio para empadronarse; declaraba el domicilio en la calle del Mercado, número 2. Posteriormente se trasladaron

25. Actas de las reuniones en las Casas Consistoriales con fechas: 27 mzo. 1873 y 26 mayo 1873. Archivo Municipal de Barbastro.

26. Esta referencia aparece en una carta de Antonio Gurri, el 16 de abril de 1898, que formaba parte de la Campaña de *El Progreso*, y es citada en *La campaña de El Progreso a favor de las víctimas del Proceso de Montjuïc*, Barcelona, Tarraco, Viladot y Cuesta Impresores, s. f., págs. 621-624.

27. NETTLAU, Max: *La Première Internationale en Espagne*, pág. 556.

28. Carta de Antonio GURRI en *La campaña de El Progreso a favor de las víctimas del Proceso de Montjuïc*, pág. 623.

29. CAMPS I CURA, Enriqueta: «Migracions i cicle familiar a Sabadell al segle XIX», pág. 11.

a la calle del Sol, número 27, y más adelante todavía, en la plaza de San Roque, número 23. Los movimientos migratorios de la familia Claramunt son un ejemplo de que durante su rápido crecimiento demográfico, Sabadell no siempre era el destino definitivo de los emigrantes, sino que frecuentemente sólo era un lugar de tránsito en sus itinerarios. En años buenos, como el periodo 1856-65, el 43% de los cabezas de familia inmigrantes, emigraban otra vez. La mayor parte permanecía pocos años en la ciudad y, por consiguiente, Sabadell, hasta los años ochenta, mantenía una proporción importante de población flotante<sup>30</sup>.

Esta ciudad, con 16 069 habitantes en 1874, era una ciudad con fuerte crecimiento demográfico. Había pasado de ser el municipio número 54 de Cataluña en número de habitantes en 1787, a ser el décimo municipio en 1860, y el quinto, en 1900<sup>31</sup>.

A mediados del siglo XIX, Sabadell ya era una ciudad industrial, los sectores algodonero y lanero ocupaban el 50,1% de la población activa adulta masculina y el 69,8 % de la femenina. El sector algodonero estaba formado básicamente por los talleres de tejido manual, dependientes de las grandes empresas barcelonesas, y el sector lanero por empresas de dimensión modesta, en las cuales sólo se había mecanizado, a partir de los años cincuenta, la hilatura. Además había llegado el ferrocarril a la ciudad en 1855, lo que permitió la afluencia de carbón proveniente de Barcelona<sup>32</sup>.

Cuando se produjo la estrangulación de la oferta mundial de algodón en bruto durante los años del *hambre de algodón*, esta crisis provocó que cinco fabricantes, de los quince que había en el sector algodonero de Sabadell, desaparecieran. En 1864 se introdujeron por primera vez los telares mecánicos en el sector lanero y a partir de este momento y durante la Restauración entró en crisis el sistema de producción doméstico y se fue produciendo la definitiva

30. BENAUL BERENQUER, Josep M.: «La industrialització de Sabadell. Per què i com», págs. 27-65, en Sebastián BALFOUR, et al.: *Industria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994.

31. *Ibidem*, págs. 155-156.

32. CAMPS I CURA, Enriqueta: «Capital comercial i treball industrial. Les estratègies familiars durant la transició al sistema fabril», págs. 165-166, en Sebastián BALFOUR, y otros: *Industria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*.

concentración fabril, la formación de empresas de ciclo completo y la consolidación del proletariado fabril<sup>33</sup>.

Por estos años, Sabadell era el primer centro lanero de España, con el 31% de la capacidad productiva de la hilatura española en 1879<sup>34</sup>. Por tanto, los requerimientos de fuerza de trabajo eran bastante importantes y se cubrían con la aportación inmigratoria de base regional.

La vuelta a Sabadell de la familia Claramunt coincidió con una oleada de prosperidad y buenos negocios, conocida como la *fiebre del oro*, que se desarrolló a partir de 1871 y duró hasta 1883. Esta etapa, de fuerte crecimiento de la industria textil, comportó la sustitución de los telares manuales por los mecánicos entre 1870 y 1900 (la hilatura en Sabadell ya estaba mecanizada desde hacía tiempo), el aumento del número de unidades de funcionamiento y el uso creciente de la energía de vapor que provocó un importante incremento de la productividad<sup>35</sup>.

El impacto de estos cambios fue notable en la reducción de los costes salariales. En Sabadell se mantuvo la semana laboral de 65 horas, establecida en febrero de 1873 por un convenio entre empresarios y obreros. Esta semana laboral suponía una jornada de 11 horas por cinco días y 10 horas el sábado. Entre inicios de los años setenta y final del siglo XIX, los salarios nominales fueron bastante estables, con un incremento medio, según oficios, de entre un 15 y un 20%, porcentaje muy por debajo de los que podía ser el aumento de la productividad por el consiguiente ahorro de mano de obra derivado de la mecanización<sup>36</sup>.

Aunque algunos historiadores<sup>37</sup> afirman que Teresa Claramunt entró de pequeña en una fábrica donde acabó siendo tejedora, la realidad es que empezó a trabajar a partir de los diez años en Barbastro y su incorporación al

33. BENAUL BERENQUER, Josep M.: *La industrialització de Sabadell*, pág. 41.

34. DEU I BAIGUAL, Esteve: «Consolidació i lideratge de la indústria textil llanera», en Sebastián BALFOUR, y otros: *Industria i ciutat, Sabadell, 1800-1980*, págs. 70-71.

35. DEU I BAIGUAL, Esteve: *Consolidació i lideratge de la indústria textil llanera*, pág. 72.

36. CASTELLS, Andreu: *Sabadell. informe de l'oposició. II: República i acció directa, 1868-1904*, Sabadell, Riutort, 1977, págs. 10-46.

37. CAPEL, Rosa M.ª: *El trabajo y la educación de la mujer en España, 1900-1930*, pág. 140.

trabajo de fábrica se dio a partir de 1875, cuando la familia Claramunt volvió a Sabadell, por tanto, cuando tenía unos trece años.

Si su padre, Ramón Claramunt, volvió a trabajar como encargado en alguna fábrica de hilaturas en Sabadell, no es difícil que llevara a sus dos hijas a trabajar con él en la misma fábrica, ya que los estratos directivos gestionaban los mercados internos de trabajo. Ramón Claramunt intentaría evitar a sus hijas los abusos y excesos de autoridad que se producían dentro de las fábricas, especialmente sobre las mujeres y la mano de obra infantil. Una buena manera de evitar estos abusos era que el jefe de familia pudiese tener bajo sus órdenes a su descendencia o, por lo menos, que pudiese encargar a algún familiar u obrero amigo el aprendizaje de sus hijas.

Entre 1870 y 1890 el número de obreras en el sector textil aumentó y las cifras de mujeres que trabajaban en este sector iba en progresivo aumento con el nuevo siglo. Hacia 1900, las actividades textiles significaban el 28,14% de la población activa femenina del sector secundario y pasan a ser el 32,66% en 1930<sup>38</sup>. Fue en esta etapa de feminización de las plantillas en las industrias textiles, por el mantenimiento de los límites salariales bajos, cuando Teresa Claramunt se incorporó al trabajo de fábrica. Este proceso de feminización fue muy notorio en las ramas fabriles (hilaturas y tejidos) y de géneros de punto, mientras la del agua (tintes y aprestos), con mejores condiciones laborales y salarios más elevados, mantuvo el predominio masculino<sup>39</sup>.

Los empresarios no querían renunciar a la mano de obra femenina porque era mucho más barata. Incluso antes de conseguir el mínimo de edad fijado por la ley, las niñas acompañaban a sus padres a los talleres. Estas niñas se encargaban de escobar los locales y ayudar en ciertos trabajos a los obreros adultos por unos céntimos semanales. Eran las llamadas *chinchas de fábrica*, niñas o jornaleras que hacían tareas inferiores, como la elaboración de lanas degeneradas y que constituían los sectores peor pagados; es posible que Teresa Claramunt fuese una de ellas cuando se incorporó a trabajar en la fábrica a los trece años. Otras niñas empezaban el aprendizaje y su habilidad determinaba el ascenso en la escala profesional dentro de los límites impuestos por su sexo. Si Teresa Claramunt llegó a ser tejedora o se quedó como *chinche de fábrica*

38. Íd., *ibidem*, pág. 141.

39. CAMPS I CURA, Enriqueta: *Capital comercial i treball industrial. Les estratègies familiars durant la transició al sistema fabril*, págs. 176 y 177.

no se ha podido comprobar, aunque cuando se hablaba de ella posteriormente, siempre se decía que era tejedora.

Es en la edad en que se hacía el aprendizaje industrial, de los quince a los diecinueve años, cuando el comportamiento de los salarios ponía en evidencia una clara segregación laboral por razón de sexo. El salario de los adolescentes se doblaba, pasando de 1,85 céntimos en la edad del aprendizaje a 3,6 céntimos a partir de los veinte años; en cambio el salario de las adolescentes permanecía estancado alrededor de 1,66 céntimos. Esta diferencia salarial estaba relacionada, entre otros aspectos, con el hecho de que la mayoría de las jóvenes no hacían el aprendizaje. Las mismas familias transmitían el rol sexual de que el ámbito de actuación de la mujer era el hogar y, por tanto, no hacía falta una cualificación que después del matrimonio y, sobre todo, cuando tuviesen los primeros hijos, no le serviría de gran cosa<sup>40</sup>.

Tras este planteamiento de que el trabajo de la mujer era transitorio se encuentra la teoría de las esferas y el modelo de la *domesticidad*, según el cual la mujer tenía una función primordial en la vida que era ser esposa sumisa, madre perfecta y dedicarse exclusivamente a las tareas de la esfera doméstica. Esta función se consideraba *natural*. La naturaleza había establecido diferentes esferas de actividad para hombres y mujeres que eran una prolongación natural de sus caracteres<sup>41</sup>.

Únicamente se aceptaba el trabajo fuera de casa en determinadas circunstancias, como era la necesidad económica, pero esta necesidad sólo podía justificar el trabajo de la mujer de forma transitoria y, por tanto, como un trabajo secundario a la espera de que un hombre pudiese encargarse de mantenerla.

Parece probable, pues, que este planteamiento estuviese presente en la familia Claramunt, en el sentido de que Joaquina Creus no trabajaba fuera de casa para hacerse cargo del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos más

40. SCALON, Geraldine: *La polémica feminista en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pág. 59. También se puede encontrar esta teoría de las esferas en NASH, Mary: *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos, 1983, pág. 41. El concepto de *domesticidad* lo utiliza NASH, Mary: *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Madrid, Alianza, 2004, págs. 39-46.

41. Los salarios variaban mucho en función del trabajo, el lugar geográfico, la edad y el sexo; por tanto, este dato no deja de ser una referencia para podernos hacer una idea de lo que podía cobrar Teresa Claramunt a los trece años.



pequeños, mientras el padre y las dos hijas mayores se incorporaban al trabajo para llevar dinero a la familia a la espera de que cuando ellas se casaran también dejarían de trabajar.

Cuando María y Teresa comenzaron a trabajar, la jornada laboral era de once horas y el salario de aprendizas podía oscilar entre uno y seis reales<sup>42</sup>. A finales del siglo XIX la mujer recibía por el mismo trabajo un poco más de la mitad del salario que recibía el hombre y, por lo tanto, aunque fuese el mismo trabajo, siempre se apreciaba menos que el del hombre.

Seguramente, el taller donde trabajaba Teresa Claramunt no tenía las condiciones de capacidad e higiene necesarias. En los talleres, el espacio entre los telares era muy reducido y eran lugares mal iluminados y mal ventilados en los cuales, adolescentes, como Teresa, trabajaban durante diez u once horas adoptando posturas forzadas a que les obligaban ciertas tareas (caso de las tejedoras) y respiraban el polvo que desprendían ciertos materiales con los que se trabajaba. Estas condiciones de trabajo provocaban en las trabajadoras del textil y, especialmente, en la regeneración de lanas, ciertas enfermedades como inflamaciones y ulceraciones de las mucosas pulmonares, que en ocasiones degeneraban en tuberculosis<sup>43</sup>.

Respecto a la higiene, la "gent no es rentava la cara, el coll i orelles fins el dia de festa, els diumenges sobretot", el baño no se utilizaba por falta de recursos. La ropa se lavaba un día a la semana, era el día de la colada. Esta faena tan dura estaba en manos de las mujeres y, en este caso, en manos de Joaquina Creus con la probable ayuda de sus hijas<sup>44</sup>.

Este trabajo de lavar la ropa, las obreras lo tenían que hacer los domingos y eso provocó que la prensa conservadora se escandalizara. Esta censura dio lugar a una nota en la prensa obrera en un tono más que jocoso:

"Nuestras compañeras han encargado al Mandi que envíe a Sabadell una remesa de Sudanesas que, en calidad de esclavas, vengan a lavar nuestras ropas en días no feriados y también van rogar a nuestros

42. CAPEL, ROSA M.<sup>a</sup>: *El trabajo y la educación de la mujer en España*, págs. 148-149. También el libro de SOTO CARMONA, Álvaro: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, págs. 642-646.

43. BURGÜES, Marian: *Sabadell del meu record*, Sabadell, 1929 [existe ed. facs. publicada por Ayuntamiento de Sabadell en 1992], págs. 96 y 137. La traducción del entrecuillado es: la gente no se lavaba la cara, el cuello y orejas hasta el día de fiesta, los domingos sobre todo.

44. *Los Desheredados* (Sabadell), núm. 151 (17 abr. 1885).

*queridos* explotadores un donativo de cincuenta o cien mil duros para mantener a aquellas y construir lavaderos, para que la redacción y lectores de cierto seráfico periódico local, no se escandalicen de que las obreras hagan el indispensable aseo en domingo<sup>45</sup>.

La alimentación era muy sencilla y parca. Al ir a trabajar, hacía las cinco de la mañana, un cuarto de aguardiente o de una mezcla de mistela y aguardiente y un trozo de pan con aceite. Se almorzaba hacia las ocho y media un plato de judías, patatas, coliflor y media sardina y uno o dos tragos de vino en porrón. A las doce, un plato de escudella (con patatas, coliflor, carne y un trozo de tocino). Quien tomaba un trozo de pan con aceite o vino de postre ya era un malgastador. En la mayor parte de las casas ni ponían la mesa, el plato en la mano, sentados en el primer peldaño de la escalera o en un banco, de espaldas a la mesa. Cucharas de madera; cuchillo y tenedor no se usaban. Para cenar, una sopa con el caldo de las judías o la coliflor y una ensalada con lechuga, tomates, pimientos, cebolla y olivas<sup>46</sup>.

Esta alimentación tan frugal suponía para el presupuesto obrero de final del siglo XIX y principios del XX, alrededor del 75% de sus ingresos. A la alimentación se tenía que añadir la ropa de vestir, que suponía entre el 6 y el 9%. Los obreros y obreras usaban para su ropa tejidos de baja calidad, que no proporcionaban abrigo y que no reunían las condiciones de higiene, ya que la limitación del vestuario ampliaba la periodicidad de la muda. Acostumbraban a tener un traje que se lo ponían los días festivos y que era para toda la vida. En lo que hace referencia al calzado, se utilizaban principalmente las alpargatas, también un par de zapatos para las ocasiones, una gorra los hombres y dos blusas. El tejido habitual de esta ropa era el algodón. La vivienda se llevaba el resto del presupuesto obrero y acostumbraba a ser reducida y con falta de condiciones higiénicas<sup>47</sup>.

45. BURGÜES, Marian: *Sabadell del meu record*, págs. 188-189. El autor dice que esta alimentación se daba antes de la Revolución de 1868.

46. SOTO CARMONA, Álvaro: *El trabajo industrial en la España contemporánea*, págs. 578-580.

47. PUIG SEVALL, Lluís: *Medios para evitar la lucha entre el capital y el trabajo*, Ateneo Sabadellés. Primer certamen literario celebrado en Camps, el día 14 mayo 1882, Establiment tipogràfic de J. Baqués i fills, 1882, págs. 178-179.

La vida de las mujeres era extremadamente dura en el siglo XIX, pero más duro debía ser oír o leer ciertas opiniones que censuraban la incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa. La idea, por ejemplo, de que la incorporación de la mujer a las fábricas había provocado unos resultados muy negativos para la familia, no era extraña encontrarla en los diarios liberales y en otros escritos breves. Los defensores de estas ideas explicaban que el fundamento de la sociedad era la familia y el centro de la familia era la madre, si ésta no podía ejercer por falta de tiempo o ignorancia de los «sagrados deberes que la naturaleza le impone»<sup>48</sup>, la familia se desarrollaría de manera imperfecta. Las mujeres encerradas en aquellos talleres de la industria, desde primeras horas de la mañana hasta las ocho o nueve de la noche, se pasaban todo el día separadas de su marido y sus hijos y, por tanto, no podían dedicarse al cuidado de los hijos ni de la casa ignorando las necesidades de su hogar. En esta situación se consideraba normal que el hombre acabase buscando el refugio de la taberna y los hijos acabasen vagando por las calles y plazas. Ante esta situación, las mujeres, que según estas fuentes solo trabajaban por hábitos de lujo y de intemperancia, tenían que abandonar las fábricas y «cambiar el estado anómalo y extraño en que se encuentran»<sup>49</sup>.

Pero las críticas al trabajo femenino tenían otra vertiente. Se hablaba de que la clase obrera tenía un gran número de «vicios» y se señalaba que la mayoría de los delincuentes eran trabajadores o que la embriaguez se daba más entre los obreros que entre otras clases sociales. Por lo que respecta a las mujeres, éstas pecaban de libertinaje y, por tanto, podían caer fácilmente en la prostitución:

«Es preciso moralizar a la mujer, porque su extremada sensibilidad la precipita al abismo. La ingratitud, el engaño, el despecho de la sociedad, la predisponen a la histeria y a otros males nerviosos que trastornan la razón, y en el estado anormal y epiléptico se prostituye, tal vez, de una manera inconsciente fatal»<sup>50</sup>.

48. Íd., *ibidem*, págs. 178-179.

49. «Cultura moral de la clase obrera», *Revista de Sabadell* (Sabadell), núm. 168 (14 en. 1886).

50. NASH, Mary, y Susanna TAVERA: *Experiencias desiguales. Conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Madrid, Síntesis, 1995, págs. 120-121.

No tuvo que escapársele a la observadora Teresa la subordinación que sufrían las mujeres casadas como su madre o sus compañeras de trabajo. La discriminación legal de las mujeres se garantizó, en la España de la Restauración, a través del Código Civil (1889), Penal (1870) y de Comercio (1885)<sup>51</sup>. La mujer casada no tenía autonomía personal; dependía económicamente de su marido, ni siquiera era dueña de los ingresos que generaba su propio trabajo. Además debía obediencia a su marido y necesitaba su autorización para desempeñar actividades económicas y comerciales. El poder del marido sobre la mujer casada fue reforzado, además, con medidas penales que castigaban cualquier trasgresión de su autoridad.

Discriminación legal, segregación laboral y desigualdad de oportunidades educativas, reforzaba las normas que eran básicas en el sistema de género. Las leyes y normativas oficiales contaban además con un conjunto de creencias, hábitos, valores y reglas de conducta acordes con el sistema de género y que se fundamentaban en el discurso de género vigente en esta época. El discurso de género tenía, como se ha visto en este capítulo, todo un repertorio cultural basado en representaciones culturales con una base religiosa cristiana, que consolidaban y propagaban una identidad de género para la mujer basada en el modelo de la *domesticidad*. Éste era el único destino posible para la mujer y servía además para justificar su inferioridad respecto al hombre.

Nada parecía indicar en la vida de Teresa Claramunt, durante los primeros veinte años de vida, que esta obrera fuera a salirse del camino que tenía marcado y, por tanto, parecía una vida como la de cualquier otra joven trabajadora en una ciudad industrial catalana en el último tercio del siglo XIX.